

Poder Evangélico. Cómo los grupos religiosos están copando la política en América, **de Ariel Goldstein (2020)**

Marea Editorial.

Reseña por Fabián Ojeda Dapiaggi

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina

Poder evangélico de Ariel Goldstein es un libro urgente para comprender la situación política actual del continente americano. Goldstein procura responder interrogantes cruciales acerca de las estrategias y condiciones de posibilidad que llevaron a la expansión y ascenso al poder político de grupos religiosos evangélicos y su relación con expresiones políticas autoritarias. Lejos de reducir el fenómeno a un carácter coyuntural, Goldstein analiza rigurosamente la genealogía del poder de estos grupos en Brasil, Argentina, Bolivia, Paraguay, Uruguay, México, Perú, Colombia, Venezuela, Estados Unidos, Nicaragua, Costa Rica, Honduras, Guatemala y El Salvador. La complejidad del evangelismo se manifiesta en la existencia de alianzas con todo el arco político, desde sectores que se autodenominan de izquierda hasta de derecha política. En el primer caso los grupos evangélicos establecen “alianzas pragmáticas” como los casos de Venezuela, Nicaragua, México, y Brasil durante el gobierno de Lula Da Silva. En el segundo caso se tratan de “alianzas de visión común” con vínculos sólidos que presentan una confluencia armónica de valores profundamente conservadores y autoritarios.

Poder evangélico evidencia la relación de retroalimentación en el acercamiento de actores políticos tradicionales a los grupos religiosos en pos de beneficios cortoplacistas que acaban fortaleciendo al poder evangélico entregando espacios trascendentes de la sociedad y roles protagónicos en materia de políticas públicas. Así construyen estos sectores evangélicos su poder de forma corporativa a espaldas del escrutinio público, inicialmente como “amateurs” hasta expandir sus vínculos con los Estados y llegar a ser considerados como factor de construcción de poder. Goldstein conecta el fenómeno con la dificultad histórica de las elites latinoamericanas para constituir un partido conservador de masas. Esta carencia, anteriormente se manifestó en golpes cívico-militares articulados en el Plan Cóndor que obraron como defensores de los intereses de las elites y encontraron legitimidad en los sectores más conservadores de la Iglesia católica opuestos a la agenda social del Concilio Vaticano. Los evangélicos, a su vez, en oposición a la variante católica progresista recuperan la tradición evangélica conservadora fundamentalista del sur estadounidense y sirven como legitimadores de expresiones autoritarias en tiempos democráticos, de allí la importancia otorgada en el libro al análisis del caso en Estados Unidos y la exportación del modelo de afinidad evangélica con la derecha política hacia Centroamérica y América del Sur.

Dado que el crecimiento evangélico se asocia también al declive del catolicismo, Goldstein analiza factores importantes que sustentan esta correlación negativa, tales como la “ideología del milagro”, el pragmatismo en el oficio pastoral, el carácter artesanal cotidiano en la relación religiosa-popular, el discurso de “teología de la prosperidad” como característica central del neopentecostalismo que enlaza emprendedorismo y prosperidad económica como signo de gracia divina. Estos postulados ideológicos localizan a la movilidad social como resultado del esfuerzo individual posicionando un ethos meritocrático que desplaza el rol social del Estado cuyo corolario es la afinidad electiva entre la teología de la prosperidad y el neoliberalismo. Max Weber señalaba la complementariedad del idealismo y el materialismo en su obra

clásica “La ética protestante y el espíritu del capitalismo”, del mismo modo, la expansión evangélica neopentecostal no puede reducirse a su efecto ideológico o discursivo. Así lo demuestra Goldstein al señalar que la otra cara de la moneda de la ideología es el poder económico evangélico, sus medios de comunicación y el importante trabajo social que las iglesias neopentecostales despliegan en los barrios populares, estableciendo lazos de solidaridad y espacios de socialización cotidianos en zonas sometidas a cadenas de violencia. En suma, allí donde el Estado se encuentra ausente significando una violencia simbólica, o presente en su violencia física concreta, el evangelismo neopentecostal realiza un trabajo social que repercute en el crecimiento de sus fieles y, por ende, su poder.

El libro sitúa al éxito de la estrategia de poder evangélico en diferentes gradaciones que varían en cada país dependiendo de su especificidad histórica. Observamos que Estados Unidos y Brasil son casos altamente exitosos de construcción de poder evangélico. En Brasil, desde 2003 tienen su propio frente parlamentario en la cámara de diputados, fundamental en la destitución de Dilma Rousseff en 2016. Este caso demuestra los límites de alianzas pragmáticas entre progresistas y evangélicos en la imposibilidad de conciliar posicionamientos antagónicos entre una agenda cultural progresista y una ultra conservadora de la bancada evangélica. Paradójicamente, señala Goldstein, la mejoría de las condiciones de vida de las masas en Brasil durante los gobiernos del Partido de los Trabajadores, conjugada con su declive en la crisis económica y política del 2013, abonó al suelo fértil para el crecimiento ideológico de la teología de la prosperidad. El autor describe el pragmatismo sociológico de los pastores para leer la angustia e indignación populares y conducirlos hacia la figura de Bolsonaro, en una campaña con ejes que atacaban libertades democráticas centrales de la constitución brasileña, como el culto religioso, la sexualidad y la igualdad de género.

El pragmatismo evangélico no se encuentra solo en sus alianzas sino en la capacidad para aprovechar situaciones políticas, es el caso de Colombia con la militancia evangélica por el “no a la paz” con las FARC y su vínculo con el Uribismo. Los grupos evangélicos encontraron allí la oportunidad de catapultarse a la escena política con una agenda que excedió al plebiscito por la paz hasta incluir el rechazo a la salud reproductiva de personas gestantes, el mantenimiento de valores restrictivos respecto a la concepción de la familia y la oposición a la educación sexual en las escuelas. En Argentina, un caso “moderado”, el evangelismo se sirvió del debate público por el derecho a la interrupción voluntaria del embarazo para alinearse con sectores de la derecha política. La situación provocó que Mauricio Macri adopte durante la campaña presidencial de 2019 ejes de la agenda evangélica para fidelizar a los electores fieles y evitar su fuga a otras variantes de derecha más pronunciada. Desde el propio peronismo, con su larga tradición en la política argentina y aun cuando mantienen lazos estrechos con el papa Francisco, comenzaron un paulatino acercamiento al evangelismo en los últimos años, hasta el otorgamiento de cargos a pastores evangélicos como la Subsecretaría de Culto de la Provincia de Buenos Aires.

Poder evangélico brinda elementos para la comprensión del golpe en Bolivia en 2019. La presencia del evangelismo es extensa en Bolivia a pesar de ser un país plurinacional con mayoría poblacional declarada indígena. Tras el golpe a Evo Morales, cuando Jeanine Áñez en su asunción anunció “la biblia vuelve al palacio”, tomó por sorpresa a gran parte de la opinión pública internacional que desconocía la conexión de la frase con la situación política. En ese sentido, Goldstein analiza la imbricación de los sectores del evangelismo que llamaron a la desobediencia civil de sus fieles en la elección del 2019. La polarización de la situación en términos religiosos a favor o contra dios expresa el peso evangélico y el conflicto entre la élite de Santa Cruz que manifiesta un racismo hacia lo que denominan la “barbarie indígena” encarnada en la figura de Evo Morales que representaría el atraso respecto de la modernidad cruceña blanca, cristiana y occidental. Estos sectores confluyen en sus valores con ejes programáticos de la agenda evangélica que ve a las tradiciones originarias como cultos demoníacos.

La afinidad de sectores evangélicos con el autoritarismo se manifiesta también en Paraguay, donde el golpe parlamentario a Fernando Lugo en 2012 tuvo apoyo de las iglesias evangélicas. En Perú, el evangelismo se asocia a su vez con la figura de Fujimori y como en otros países, mantienen convergencias en torno a la restricción de derechos, contra la “ideología de género” y han ascendido hasta el segundo lugar electoral mediante el “Frente Popular Agrario”, partido evangélico que canalizó el descontento popular hacia “la clase política tradicional”. En Venezuela, por su parte, se presenta una alianza pragmática del gobierno de Maduro con el evangelismo en un contexto de alejamiento de la iglesia católica. En Centroamérica el crecimiento es indisociable de la influencia Estadounidense en la región y el flujo migratorio hispánico hacia ese país donde luego se establecen comunidades evangélicas de latinos, allí también se verifica la flexibilidad política de los evangélicos para el establecimiento de alianzas como con Daniel Ortega y el sandinismo en Nicaragua, en Guatemala desde la dictadura a la actualidad, en El Salvador con Nayib Bukele, en Honduras y Costa Rica.

Goldstein repara en las situaciones divergentes de los casos de México y Uruguay, ambos países con una histórica tradición de Estado laico. El caso mexicano presenta similitudes, como destaca Goldstein, de la alianza del evangelismo neopentecostal con el gobierno del PT de Lula, en tanto el gobierno de Manuel Lopez Obrador se enmarca dentro del progresismo, pero se sirve de alianzas con el evangelismo. Surge el interrogante acerca de si a la postre esta alianza pragmática beneficiará más al crecimiento del poder de los evangélicos que al fortalecimiento del progresismo. En cambio, en Uruguay una suma de factores que se conjugan con un posicionamiento firme de no considerar a los evangélicos en el armado político por parte de los gobernantes progresistas anteriores a Lacalle Pou limitaron -hasta entonces- el ingreso de sectores del evangelismo al circuito de implementación de políticas sociales aun cuando presentan un gran despliegue en el país.

El libro de Ariel Goldstein demuestra que el ascenso de estos grupos significa la traslación a la política del sistema de poder pastoral caracterizado por su autoritarismo y dogmatismo. De allí la afinidad con los regímenes autoritarios, “Su ejercicio del poder en la Iglesia es una representación en pequeño del ejercicio del poder que hacen los gobiernos a los cuales tienden a asociarse: Maduro, Fujimori, Trump, Bolsonaro, Añez, Ortega, entre otros” la traslación religiosa enmarca la disputa política en categorías religiosas antagónicas y en su extremo llevan a la identificación del adversario político como “aquellos que deben ser exterminados” (215). Existe un vínculo que recorre las experiencias destacadas en “Poder Evangélico” y es la importancia del factor moral para la afinidad entre autoritarismo y neoliberalismo. En efecto, en situaciones de baja legitimidad social, surge el evangelismo para llenar espacios vacantes y dar respaldo a gestiones políticas endeble.

Al comienzo manifestamos la urgencia del libro ante la situación de expansión de estos poderes que minan valores democráticos a partir de liderazgos mesiánicos “aliados a fantasmas del autoritarismo religioso” que atentan contra la laicidad, la democracia y el rol de intervención social del Estado. El trabajo de Ariel Goldstein dirige su mirada hacia el pasado, lo recorre para llegar a la comprensión del presente, y luego la tempestad, como en la lectura benjaminiana del *Angelus Novus*, lo empuja con desasosiego hacia el futuro. En nuestro caso el futuro contará indefectiblemente con los grupos evangélicos disputando la política, ya que como afirma Goldstein, estos sectores han llegado al poder para quedarse y serán parte del elenco estable de la política del continente en las próximas décadas. A pesar de la tempestad que significa para la democracia el ascenso, consolidación y asociación del evangelismo neopentecostal con el autoritarismo político, este trabajo no abona hacia una resignación fatalista. En su lugar, constituye una herramienta indispensable para la comprensión crítica del fenómeno de cara a una praxis política que pretenda la construcción de una democracia inclusiva y pluralista.